

COMUNIÓN Y SERVICIO MUTUO

A LA LUZ DE LA CENA DEL SEÑOR

En este retiro, os propongo meditar y orar sobre cómo la Eucaristía, en la doble tradición de la cena del Señor, esto es, la cultural y la existencial, la institución y el lavatorio de los pies, puede y debe configurar desde dentro la vida fraterna de nuestros IS, tanto si se vive en comunidad como si cada uno de sus miembros vive en su familia o solo. Nuestro testimonio de personas consagradas a Dios en la secularidad, tanto a nivel personal como de comunidad carismática, depende, en gran medida de la calidad de nuestra vida fraterna en el mundo y la servicio del reino de Dios en la historia de nuestro mundo.

Para enmarcar nuestra reflexión conviene tener presente desde el inicio qué debe entenderse por comunión y por servicio mutuo.

La comunión, ateniéndose a la doble etimología del latín, como bien señalase Y. Congar, es común unión y también común tarea. Una unión, por tanto, en orden a la misión y no solo para buscar un hogar cálido y afectivo para mi realización, aun cuando esta sea de tipo espiritual. Vocación y misión están intrínsecamente unidos. Comunión y misión no pueden disociarse. Nuestras «fraternidades» deben pensarse y vivirse en el horizonte de la misión. Los Apóstoles fueron llamados para estar con Cristo y para ser enviados a predicar y liberar a los hombres del Maligno. En la Iglesia apostólica, todo carisma se inscribe en la perspectiva de la misión. Cuando esto no se tiene muy claro, nuestras comunidades carismáticas tienden a convertirse en grupos un tanto endógenos, sin la necesaria proyección hacia el mundo en la Iglesia misterio de comunión y misión. Entonces la sacramentalidad de la Iglesia y de las comunidades carismáticas se diluye.

Por otra parte el servicio, como lo recuerda la dimensión existencial de la Cena del Señor es siempre mutuo y proyectado hacia la misión, esto es, para mostrar al mundo la presencia de Cristo Jesús. Con frecuencia se habla de servicio, pero se pierde de vista el «mutuo». Sucede que unos no se dejan servir y otros solo piensan en ser servidos. Jesús después de lavar los pies a sus discípulos, decía: «Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.» (Jn 13, 13-15)

La comunidad fraterna de nuestros IS, aunque adopte formas variadas y diferente a las propias de las comunidades monásticas y religiosas, debe ser también un signo claro de la dimensión sacramental de la comunidad apostólica en el mundo. La koinonía se ha de traducir en servicio mutuo a fin de ser una palabra profética y esperanzada en el mundo, a fin de ser en el hoy de nuestro mundo lo que implica ser uno en Cristo, que no vino al mundo para ser servido, sino para servir y dar la vida en rescate por la muchedumbre. Vamos, pues, a meditar un poco sobre este punto, para que nuestra vida de comunión y servicio no se quede en las Constituciones y reglas, sino que se evidencie en lo concreto de nuestra existencia.

I.- VIVIR EN CRISTO Y POR CRISTO

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. ***El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.*** Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún. (Jn 6, 48-59)

La Eucaristía realiza en quienes la acogen con fe la unidad, pues es el mismo y único Cristo quien habita en mí y en los demás, como es el mismo Espíritu quien nos une y congrega en el amor, que derrama en nuestros corazones. Más todavía, quien medita estas palabras de Jesús en sinagoga de Cafarnaún, comprenderá que él vive por Cristo como todos los demás y, por tanto, nadie puede considerarse superior a nadie. Los líderes, sin negar su buena voluntad y su deseo de servir, son con frecuencia una amenaza para la comunión, pues tienden a olvidar que la unidad fraterna se realiza en torno a la persona de Cristo y no en torno a unas ideas, valores o modelos de Iglesia. Todos vivimos en Cristo y por Cristo, como el Hijo vive en el Padre y por el Padre. Por ello Jesús no retenía a nadie, sino que reenviaba siempre y a todos al Padre. El verdadero líder carismático, si está animado por el Espíritu de la comunión, también reenviará siempre al Señor y no a sus ideas, valores o proyectos, aun cuando sean buenos y nobles.

Vivir por el otro, esto es, vivir por Cristo, como él vive por el Padre, es tomar conciencia que la fuente de nuestra comunión y comunidad se halla en Otro y no en nosotros o en valores y proyectos. Por tanto en Cristo se basa la vida fraterna y el camino de la mutua dependencia, que es paradójicamente fuente de la libertad y la autonomía verdadera.

Porque compartimos la vida divina, la misma vocación y misión, que se nos da en Cristo a todos y cada uno, nos sentimos llamados a compartir lo que Dios hace en nosotros y la misión que nos confía, así como el destino que recibimos en el Hijo amado.

Cuando nuestros Institutos pierden de vista el verdadero principio y fundamento de su existencia y misión en el mundo, surgen tensiones y rivalidades en su seno. En la Eucaristía, sacramento de comunión, todos recibimos el mismo pan dado por el Padre, todos nos hallamos sentados en la misma mesa, en torno al que nos invita por amor.

Nadie recibe más que el otro, pues a todos nos es dado el pan bajado del cielo. El pan es uno y único, si bien su fruto está relacionado con el que lo acoge en la fe y se deja transformar por él, como sucede con el agua que produce frutos diferentes según la planta y la tierra en que crece. Vivir en Cristo y por Cristo, por otra parte, nos hace humildes y nos da la posibilidad de desarrollar sus mismos sentimientos, condición indispensable para vivir la comunión del Espíritu, tal como la expresó el apóstol Pablo a una comunidad, en la que algunos anunciaban a Cristo por rivalidad con él, pues se hallaba en prisión (Flp 1, 17). Semejantes liderazgos minan la verdadera comunión de la comunidad llamada a ser presencia de Cristo en medio del mundo.

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, | no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo| tomando la condición de esclavo, | hecho semejante a los hombres. | Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, | hecho obediente hasta la muerte, | y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo | y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús | toda rodilla se doble | en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: | Jesucristo es Señor, | para gloria de Dios Padre. (Flp 2, 1-11)

Quien vive realmente en la dinámica de la Eucaristía, y no se limita a celebrar un rito o una práctica religiosa, dejará que los sentimientos y existencia de Jesús, vaya configurando sus relaciones con Dios y con los hermanos y hermanas que Dios le ha puesto en el camino. Con alegría se esforzará por colmar el deseo de Jesús que oraba así, en el momento de pasar de este mundo al Padre:

Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (Jn 17, 18-23)

Vivir en Cristo y de Cristo es dejarse conducir por el Espíritu de la comunión reinante entre el Padre y el Hijo. Así de este modo la Eucaristía va edificando nuestras comunidades en el mundo y al servicio del mundo. La Eucaristía funda y hace posible la espiritualidad de la comunión, que debería ser el principio educativo de la persona humana y de las instituciones que se precien de ser humanas y busquen desarrollar un humanismo integral en la historia (cf. NMI 43).

II.- FORMAMOS UN SOLO CUERPO

Así pues, queridos, huid de la idolatría. Os hablo como a personas sensatas; juzgad vosotros lo que digo. El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan. Considerad al Israel según la carne: ¿los que comen de las víctimas no se unen al altar? ¿Qué quiero decir? ¿Que las víctimas sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? No, sino que los gentiles ofrecen sus sacrificios a los demonios, no a Dios; y no quiero que os unáis a los demonios. No podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O vamos a provocar los celos del Señor? ¿Acaso somos más fuertes que él? (1Cor 10, 14-22)

«Porque el pan es uno, recuerda el apóstol, nosotros siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan». La Eucaristía nos incorpora a Cristo de una manera progresiva y nos hace su cuerpo. San Agustín, admirado por este maravilloso

misterio no cesaba de repetir: «*vosotros sois el Cuerpo de Cristo*». En efecto, Pablo saca las consecuencias y las desarrolla un poco más adelante. Escuchemos una vez más al apóstol, pues vivía una verdadera pasión por recomponer la comunión de una comunidad que estaba amenazada en la unidad de la verdad, por los intempestivos liderazgos de los super-apóstoles, como sucede con tanta frecuencia en la historia de la Iglesia.

Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído?; si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito». Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen más despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan. Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él.

Pues bien, ***vosotros sois el cuerpo de Cristo***, y cada uno es un miembro. (1Cor 12, 12-27)

La Eucaristía, misterio de comunión, nos hace un solo cuerpo, en el que los pobres deben estar en el centro. Cuando los pobres son menospreciados, nos hacemos reos del cuerpo y la sangre de Cristo, como insiste con palabras fuertes el propio Pablo en 1Cor 11, 23, 34 al comunicarnos la tradición recibida de celebrar la Eucaristía en memoria del Señor.

Saquemos algunas consecuencias de estos textos, que tantas veces hemos meditado, pero que no siempre acertamos a vivirlos en su novedad y dinamismo profundo.

1. Somos muchos y formamos un solo cuerpo. Cada uno es miembro del único cuerpo del Señor. Esto supone que somos diferentes en la unidad. El igualitarismo es un ataque a la verdadera comunión. En el cuerpo cada miembro es diferente, pero debe vivir en función de los demás y del todo. La comunión en la diversidad es fundamental. Y creo que quien se consagra en la secularidad no debería nunca perder de vista esta verdad y novedad encerrada en la Eucaristía. De otra forma se pierde de vista la dimensión social y cósmica del sacramento de la comunión. La Eucaristía no se armoniza bien con muchas de las ideología de moda.
2. Porque somos muchos y formamos un solo cuerpo, todos los miembros son necesarios de modo que nadie puede bastarse a sí mismo, ni poner a los demás a su servicio. Somos complementarios unos de otros y nos necesitamos mutuamente si queremos que el cuerpo de Cristo, esto es, la comunidad de los discípulos de Jesús, lleve adelante su misión en el mundo. El Espíritu Santo reparte dones y carismas para el bien común, para que la Iglesia de Dios lleve a cabo en el mundo la misión que se le ha confiado. Nadie, por tanto, puede trabajar por libre, al margen de los demás. Todos somos

necesarios, pero nadie puede acaparar el todo. Somos colaboradores de Dios de acuerdo con la vocación y gracia recibida (cf. 1Cor 3, 9). Entiendo que esto es decisivo, pues vemos que necesitamos de los demás para llevar adelante la misión, pues la misión es de Dios y se le confía a la totalidad de la Iglesia. La Iglesia es comunión y solo en la comunión somos miembros del único cuerpo de Cristo.

3. Porque somos muchos y formamos un solo cuerpo, todos los miembros son necesarios y la comunión ha de realizarse en torno a los más pobres, pues Jesús es el verdadero pobre en el que nos unimos. La *comunión eclesial* no se realiza en torno a los fuertes y los líderes, sino en torno a los últimos. Jesús lo recordó: El que quiera ser el primero, hágase el último y sirva desde el último lugar, como lo recuerda la tradición existencial de la Eucaristía, tal como lo enseña el lavatorio de los pies. Ahora bien esto lleva consigo un sentido de la eficacia, que nada tiene que ver con los criterios del mundo. «La mundanidad espiritual» consiste precisamente en pensar la vida y misión de la Iglesia desde los parámetros de las religiones naturales, de la propaganda religiosa y de los criterios empresariales de este mundo, aun cuando se revistan, como se dice, de los valores del reino. La dinámica de la Eucaristía y la obra de la salvación son inseparable, pues la obra de la salvación se realiza en la Pascua del Señor, tan novedosa con relación a la Pascua de los judíos. En la Pascua de Cristo él libera a todos, también a sus verdugos, dando la vida. Jesús es el pobre verdadero, el que se hace pobre para enriquecer a todos con su pobreza (cf. 2Cor 8, 9). Estamos en la economía de la gracia y no en la economía de la Ley o de la Razón. Y esto debe ponerse de relieve en los que viven de acuerdo con el dinamismo de la Eucaristía. En la economía de la gracia, el pobre debe hallarse en el centro.
4. Si Pablo pudo proclamar «vosotros sois el cuerpo de Cristo» fue porque todos somos uno en Cristo y todos somos bautizados en el único Espíritu, el Espíritu de la comunión del Padre y del Hijo. La comunión no es, por tanto, una exigencia externa a la fe, sino que está intrínsecamente ligada a ella. Por la fe nos adentramos en la comunión trinitaria. Y esto es lo que realiza día tras día en nosotros el sacramento del amor, de la fe y de la esperanza.. El que lo come su cuerpo y bebe su sangre, vive en Cristo y por Cristo.
5. Y porque Cristo es la Cabeza de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 18), es su principio vital, pues de él recibe comunidad eclesial su vida (cf. Ef 4, 7-16); y por ser su principio vital es la verdadera autoridad en la Iglesia. Nadie puede situarse como maestro o jefe en la Iglesia, al estilo de los levitas y letrados. Todos somos hermanos y discípulos en el seno de la Fraternidad, que es la Iglesia. Todos estamos llamados a reconocer en el otro un don de Dios. Todos debemos articularnos con los demás, a fin de llevar adelante la misión del Hijo y del Espíritu Santo, tal como se le ha confiado a la totalidad del pueblo de Dios.
6. Porque somos el cuerpo de Cristo estamos llamados a asociarnos al sacrificio y al triunfo de quien es nuestra Cabeza. Pablo lo expresó con claridad, pero lo olvidamos cuando la Eucaristía se convierte en una simple práctica religiosa.

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. (Rom 12, 1-2)

III.- EL SERVICIO MUTUO Y EL DON MUTUO EN CRISTO

La *tradición existencial* de la Eucaristía, el lavatorio de los pies - símbolo de la entrega sacrificial del Hijo venido en nuestra carne, para volver con todos nosotros al Padre, fuente del amor y de la misión - es la expresión plástica de las relaciones propias de la comunión, esto es, de la comunidad nacida de la Pascua del Señor. El amor mutuo, el servicio mutuo, es vivir de tal manera que Cristo ame en nosotros y sirva en nosotros. Es Cristo quien vive, ama y sirve en nosotros. Es muy importante no perderlo de vista. Cuando esto se oscurece y olvida, el mismo Jesús nos recuerda que corremos el peligro de servir como los grandes de este mundo, de pensar como los ricos que ha de servir a los pobres. A esto sale al paso el dinamismo de la Eucaristía.

Con frecuencia hablamos de amar, pero debemos insistir en el amor mutuo, en la reciprocidad del amor, si queremos realmente vivir la fraternidad apostólica en nuestro mundo, esto es, una comunidad que hace presente a Jesús en le mundo.

Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. (Lc 22, 24-30)

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo...Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. (Jn 13, 1.12-15-17)

En estos textos, como en el mandamiento nuevo del amor mutuo, se corre siempre el peligro de leerlos en una perspectiva moralista y voluntarista. De esta forma se pierde de vista el auténtico dinamismo del amor, de la fe y de la gozosa esperanza, que conlleva el servicio mutuo del amor, como lo expresó el propio Jesús de forma significativa al decir a los discípulos que debían imitarle: «Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica.» La palabra de Jesús es fuente de alegría honda, interior, que nada ni nadie puede arrebatarlos. La dimensión moral que entraña el seguimiento de Jesús, no puede confundirse con las lecturas moralistas en las que caemos con tanta frecuencia. La moral cristiana nace de la contemplación y la comunión, de cultivar el don de Dios, sin el cual todo se hace pesado e imposible. Y aquí viene en nuestra ayuda una vivencia del misterio celebrado en la Eucaristía. Es para ello importante abrirse a la inteligencia y novedad del misterio.

En la lectura moralista, la imitación de Jesús hace de él un personaje del pasado, un maestro de sabiduría, en el mejor de los casos, que los discípulos deben imitar en su

comportamiento modélico; pero como desde el exterior. Jesús habría dado unas consignas y mandamientos, que los discípulos deberían llevar a cabo una vez hubiera desaparecido él, al estilo de un Buda. Detengámonos un momento en el mandamiento nuevo del amor, para una mejor comprensión de cómo la comunión se expresa en el servicio mutuo, si de verdad queremos reencontrar en el servicio pobre y humilde una fuente inagotable de alegría. Escuchamos el mandamiento y un pequeño comentario de un exegeta.

Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: «Donde yo voy no podéis venir vosotros». Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros». (Jn 13, 31-34)

«La acción de los discípulos viene a suceder en el tiempo a la de Jesús, yuxtaponiéndose a ella. Para evitar el pelagianismo (se niega la necesidad de la gracia para hacer un acto bueno: el hombre puede y debe por sí mismo observar la ley divina) latente en esta interpretación, se apela al Espíritu que crea en los discípulos un corazón nuevo. Pero, al separar de este modo la acción del Espíritu y la de Jesús, se sigue colando entre las epopeyas de los héroes desaparecidos el amor – realmente supra-temporal – del Hijo de Dios. Pues bien, como en otros lugares en Jn, KATHÔS no tiene aquí un sentido comparativo, sino que indica el origen. Podríamos traducirlo: “Según os he amado yo, amaos...” o también: “Amaos..., porque yo os he amado, para que, *igualmente*, os améis los unos a los otros”. Nosotros preferimos traducir así este texto: “Con el amor con que yo os he amado, amaos también lo unos a los otros”, versión que corresponde lo más exactamente posible al sentido de la frase. El amor del Hijo a sus discípulos engendra en ellos un movimiento de caridad; su amor pasa a ellos, cuando aman a su hermanos y son amados por ellos. En los capítulos 15 y 17, el amor de Jesús que se difunde en los creyentes resulta ser el amor mismo del Padre.» (X. Léon Dufour)

El amor mutuo y el servicio mutuo se alimentan continuamente en el sacramento del altar, en el sacramento del amor, por el que quedamos asimilados en Cristo, a fin que su amor y su servicio brote en nosotros como de su fuente. Cristo es la fuente, el manantial vivo, que nos vivifica y por nuestro medio sigue vivificando a los demás. Él es la fuente y el discípulo un cauce, un canal, un cántaro mediante el cual el agua viva del amor divino se manifiesta en el mundo. Es en Cristo y por Cristo que la comunidad eclesial se convierte en sacramento para el mundo. Pues bien, el sacramento de la Eucaristía es la celebración perenne del servicio de Cristo, que sigue amando y sirviendo al mundo en nosotros y por nosotros. Nada nos podemos atribuir a nosotros. ¿No radica en ello la perspectiva correcta de la consagración secular? Solo el amor de Cristo puede llevar adelante la transfiguración de nuestro mundo.

La contemplación del misterio eucarístico, tanto en su dimensión cultural como existencial nos invita a sacar unas cuantas consecuencias para nuestras vidas de consagrados en la secularidad.

1. En primer lugar es preciso vivir una contemplación y adoración profundas, de tal forma que Cristo vaya tomando posesión y forma en nuestro yo más íntimo, esto es, que viva y actúe en nosotros como quien es la fuente y la autoridad. Conocer a Jesucristo en su palabra y pascua es dejarlo vivir y actuar en nosotros. Es el principio y

fundamento de nuestra condición de discípulos y testigos en el mundo. Vivir en Cristo y vivir de Cristo, o si se prefiere, que Cristo viva en nosotros, lleva consigo una existencia mística en medio de la existencia cotidiana. Esta es la gracia de nuestra vocación, si la cultivamos, «ser místicos en la secularidad».

2. El signo de dejar que Cristo viva, ame y sirva en nosotros, se manifiesta en una alegría y esperanza sin ocaso, la propia de quien se sabe habitado por Cristo, por su amor y servicio. Quien ama con el amor de Cristo, sirve desde el último lugar, sin buscar su propia afirmación. Pero esto no es posible para la persona cuando busca hacerlo desde ella misma, desde su falaz autonomía. ¡No seamos neo-pelagianos o gnósticos! Quien ama y sirve con sus solas fuerzas, pronto olvida el dinamismo y gratuidad del agapé divino. Más todavía cuando somos nosotros y no Cristo en nosotros, nos cargamos de reproches unos con otros y, con excesiva frecuencia, nos alzamos como jueces de nuestros hermanos, lo cual es lo más opuesto al amor mutuo y al servicio mutuo en Cristo.
3. Quien aprende a vivir desde el don de Dios, esto es, en el Hijo y por el Hijo, entonces ya no busca servir desde el primer lugar, desde la búsqueda de poder, sino desde el último lugar, dejando que Cristo me lave los pies y lavándose los yo también al hermano. Así aprendemos a lavarnos los pies mutuamente. El amor está hecho de dar y recibir. Un amor autosuficiente no introduce en la comunión trinitaria, en ese darse mutuamente del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. El amor es pobre y rico, el que toma la iniciativa y da espacio al otro, ama y se deja amar. Jesús amó a sus discípulos y buscó en ellos amor y acogida de su palabra.
4. Si amamos y servimos con el mismo amor y servicio de Cristo, consideraremos a los demás como superiores a nosotros. No se trata de negar los valores que uno posee, pero los pondremos al servicio de aquel en que reconocemos la presencia del mismo Señor. Hacerse esclavo de los demás es hacerlos nuestros señores. San Vicente de Paul descubría en los pobres a sus señores y maestros, pues en ellos servía y escuchaba al propio Cristo, el verdadero Pobre. De esta forma el Señor sigue enriqueciendo a todos con su pobreza a través de nuestra propia fragilidad. Pero esto supone vivir el servicio desde la fe y no solo desde el moralismo propio de una cierta religiosidad.

IV.- MESA Y TAREA COMÚN

La fraternidad tiene su origen y fundamento en el Padre. Él no cesa de darme al otro como mi hermano. Él nos engendra a ambos en su Hijo, para la fraternidad. Él nos prepara la mesa y nos convoca alimentarnos con el pan de la vida, esto es, de su Hijo. Él nos da en su Hijo el Espíritu.

La fraternidad consiste en compartir la misma mesa de la Palabra, de forma que todos seamos discípulos y hermanos. Cuando en una comunidad alguien se alza como el maestro y trata de imponerse a los demás, olvida que todos compartimos la misma mesa y el mismo pan, que el Espíritu Santo actúa en todos y cada uno de nosotros. Así lo celebramos en la Eucaristía. Pero esto supone que nuestra celebración alcance y fecunde desde dentro la existencia cotidiana. La vocación cristiana, como bien sabemos, es ser en Cristo pan partido para la vida del mundo. Pero el mundo no está fuera de nuestras fraternidades.

Digo esto porque he podido comprobar que, con frecuencia, somos muy condescendientes con los de fuera y olvidamos serlo con aquellos que compartimos la vocación y el carisma.

Y compartimos la misma mesa en orden a una misión común, esto es, en orden a la misión que el Señor nos confía como fraternidad. No es mi misión, sino nuestra misión. Comunión significa tarea común. No puedo, por tanto, desentenderme de la vida y misión de mi hermano, pues es mi propia vocación y misión. La fraternidad comporta una tarea común, una misión común. La misión es siempre colegial.

La acción misionera, también en la secularidad y desde dentro del mundo, brota de la comunión con el Viviente y con los hermanos. Pero esto supone, como lo vemos desde el inicio de la Iglesia de Pentecostés, una actitud profunda de conversión y discernimiento, tanto de las personas como de las comunidades apostólicas. Cuando esto no lo vivimos con seriedad y claridad, corremos el riesgo de convertirnos insensiblemente, pero de forma progresiva, en buenos propagandistas, en el mejor de los casos, de una cierta religiosidad o ética.

La Eucaristía, en su dimensión cósmica, está reclamando a cuantos han consagrado su vida en la secularidad a discernir, a la luz de la doble tradición, la cultural y la existencial, si su compromiso y acción en el mundo, contribuye a la transfiguración de éste en Cristo, esto es, a llevar a cabo el designio de Dios de recapitular todo en su Hijo. Esta es, en realidad, la finalidad de la misión del conjunto de la Iglesia, y que los IS estamos llamados a vivir en y desde dentro del mundo.

CONCLUSIÓN

Para concluir estas reflexiones, leo y comento brevemente unas palabras de san Pablo: «Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2Cor 5, 17) La Eucaristía es la celebración de la novedad divina, de la Pascua nueva, de la alianza nueva, del nuevo sacerdocio, de la nueva creación, de la entrada del reino de Dios en nuestras vidas. Por ello es preciso plantearse la gran cuestión: ¿Cómo dejamos que la Palabra viva y actúe en nosotros, «que la fe obre por amor», sirviendo desde el último lugar? ¿Vivimos de acuerdo con lo que somos, el Cuerpo de Cristo? ¿Cultivamos nuestra condición de «fraternidades» al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo, desde dentro del mundo y para el mundo?